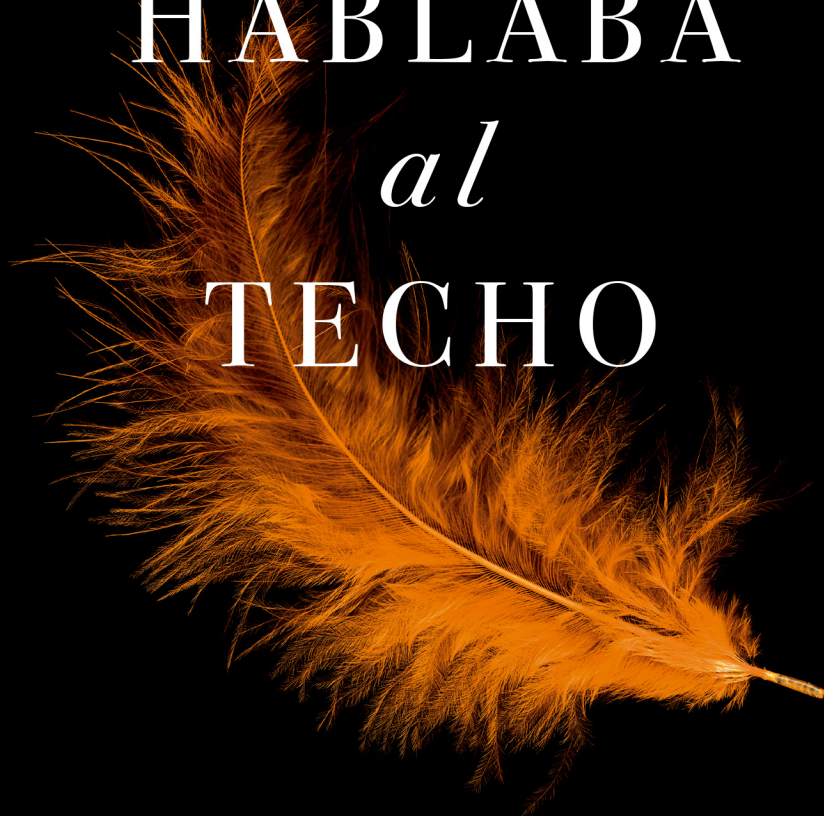


Celina Rucci
Diego Casado Rubio

LA MUJER
que le
HABLABA
al
TECHO



Celina Rucci
Diego Casado Rubio

LA MUJER
que le
HABLABA
al
TECHO

Colibrí

¡Hola! Me presento, aunque sin mi nombre, ya que no tengo el permiso de ella para decirlo. Igualmente yo seré quien cuente su historia. Ni siquiera ella se da el permiso de creer en mí. Pero sé que tiene ganas de hablar. Ella es de las personas que tienden a creer solo en lo que se puede nombrar. Siempre busca una justificación racional a todo lo que le acontece. Para ella, las cosas tienen un porqué basado en lo científicamente comprobable, y lo que no, ni se lo plantea, no lo piensa, no le interesa toda esa energía depositada en tratar de entender los misterios de lo que sucede en ese lugar donde habitamos los ángeles. Yo soy el suyo, el de su guarda.

Celina es una mujer que basa su fe en lo comprobable, y eso lo sabe bien. Ella eligió tener los pies sobre la tierra, la cordura y lo tangible. Una vez su madre quiso cocinarla en el horno como si fuera un pollo. Tan solo era una bebé. Después de eso, es comprensible el afán que tiene por la supervivencia de la razón frente a los monstruos. Ella trata todo el tiempo de alejarse de la posibilidad del delirio. Ese es su credo. Pero de esto hablaré más adelante.

Celina es una mujer de ciencia, racional y con la experiencia suficiente para demostrar que no hay nada más allá de la vida y que en la Tierra se vive sin más. Ella cree en ella. «Yo creo en mí»,

pensó mientras se acurrucaba en el asiento trasero del auto que la llevaba a un hospital de Manhattan.

Celina tiene miedo.

La vi por primera vez en una habitación de la clínica Apóstoles de Buenos Aires. Nació un 9 de octubre alrededor de las seis y media de la mañana. De nombre le pusieron María Celina, pero las monjas del hospital donde su abuela trabajaba, al que la llevó al segundo día de vida, prefirieron llamarla Inmaculada, quizá porque la vieron pura y libre de todo pecado o porque entre las religiosas se acostumbra a creer en la existencia como algo santificado. Sea como fuere, desde entonces le otorgaron la virtud de la fortaleza. Ojos redondos, cara blanca y risueña. No era una bebé llorona ni quejosa, cualidades que todavía hoy permanecen en ella. Desde bien chiquita le dijeron que sería mejor crecer con una coraza, para no mostrar los sentimientos —aunque con el tiempo aprendería que no es lo mismo que no tenerlos—, y le advirtieron que sentiría miedo, pánico, escalofríos, terror y mucha angustia. La vida tiene caminos llenos de tristeza. La vida es tropezarse y caer en un agujero que te lleva a una cueva fría donde estás sola y, más adentro, el único sonido que se escucha suena a hueco y se siente el olor del vacío, que se parece bastante a la mismísima nada. A veces Celina mira con esos ojos de cueva que enfurecen, paralizan y asustan a quien los observa. Ella sabe muy bien lo que es la soledad y llorar por dentro. De niña, durante muchos años lo ha tenido que hacer. Silencio, que nadie se entere, que ninguna persona sepa que ella es la más vulnerable de las personas vulnerables, la más frágil, la más insegura de las personas que aparentan ser seguras. Nada de todo eso dejará que lo veas. Ella nació con las cualidades de una mujer fuerte. El código que se le otorgó es el 09101976MCR, cada ser

humano tiene el suyo y este es el que me sirve a mí para encontrarla siempre que yo quiera. Podríamos llamarlo un código rastreador, único e intransferible.

Una de las últimas señales que le envié tenía forma de animal. Hacía demasiado frío en Nueva York, aunque en esa ciudad lo demasiado siempre es poco. Ella estaba adormilada en una habitación de hospital y a su lado la acompañaba su hijo. Un poco en su mundo, sin prestarle demasiada atención a su alrededor ni a los segundos. De repente se hizo audible un golpecito sutil y constante sobre el enorme ventanal que evitaba la intemperie. Como si fuera un goteo, aquel sonido llamó la atención de Celina, abrió los ojos y observó cómo un hermoso colibrí revoloteaba afuera entre el ruido y el frío de una ciudad como aquella. Cuando me vio, es decir, cuando pudo apreciar con la mirada el esplendor del vertiginoso aleteo del colibrí, despertó del todo. Su cuerpo tomó forma de resorte y logró captar con un movimiento veloz e inesperado de incorporación, la atención de su hijo. Ambos me observaron, pero ninguno de los dos creyó posible lo que estaban viendo: un colibrí sobrevolaba el invierno de Manhattan a la altura de un piso catorce. ¡Imposible!

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Celina sin contacto visual.

—Veo un pájaro que quiere entrar —aseguró él pestañeando para hidratar sus nublados ojos.

—No es un pájaro.

—Es un... ¿colibrí?

—Es la abuela.

—¿Mamá, estás bien?

—A ella le encantaban. Mirá, ya se fue.

—Recostate, dale. Tenés que descansar, el médico te dice todo el tiempo que no gastes energía.

—Tengo de sobra, hijo. Y ahora mucha más.

Y Celina se echó a dormir con la certeza de la esperanza. Yo sabía que si me aparecía con forma de colibrí ella lo relacionaría con su abuela y recordaría todo ese tiempo compartido juntas en donde ambas se sentían seguras y felices. La mayoría de las abuelas están hechas para eso. Son lugares donde se puede estar y ser sin necesidad de que suceda nada más que eso. Lo incondicional de una abuela no es solo el amor, también es el tiempo y la memoria. Ese día, el 4 de abril de 2023, «coincidió» con el cumpleaños de su querida abuela Luisa, que habría cumplido 103 años.

Mi acierto con el colibrí fue bárbaro. Logré que Celina tuviera ganas de lucharla. Las personas que se enferman solo tienen el camino de la esperanza para recuperarse, ese es el que eligió Celina cuando los médicos le dijeron que había una mínima posibilidad de no morir. Se aferró a ella como quien se sube a un tren de alta velocidad en marcha. Exactamente le dijeron que tenía un siete por ciento de posibilidades de sobrevivir. O, viéndolo de otra manera, un noventa y tres por ciento de posibilidades de ser devorada por la enfermedad.

La noticia fue inesperada, cayó el 28 de mayo de 2020. Para mí también fue impactante. Al contrario de lo que se cree habitualmente, los ángeles no manejamos ese tipo de información, no sabemos lo que va a pasar, no tenemos ese poder. Nadie quiere escuchar nunca ciertas palabras. Aunque querer es una palabra que destella deseo, tengo la total seguridad de que aún no ha nacido nadie que desee escuchar que tiene un cáncer.

El cáncer de los cánceres, lo llaman.

Imaginá un mapa interestelar plagado de estrellas y galaxias. Imaginá cientos de miles de millones de puntos del tamaño de

un grano de arena desperdigados por el oscuro fondo negro del universo. Imaginá que uno de esos granos es el sistema galáctico donde te encontrás. Y ahí dentro, si hacés zoom con tu imaginación, podrás ver cientos de miles de millones de puntitos que conforman la arena que te rodea, en la que vivís y convivís. Y ahí, como en un equilibrio extraño y casi aterrador, estás vos leyendo esto y yo contándotelo. En vivo y en directo. Añado un secreto: esta historia no es ni más ni menos importante que otras, es un granito de arena entre los cientos de miles de millones de historias que suceden mientras estás leyendo esto. He aquí un trabajador de esta galaxia que lo hace a conciencia para ella, estoy a su servicio y disposición. En lo particular, quiero, deseo y me esfuerzo para que Celina deje de sentirse tan sola. Sé, la conozco muy bien, que le gusta la soledad, pero cuando la observo, veo que a la derecha de su corazón hay un hueco con su verdadera esencia, donde reposa cierta soledad y donde a veces se esconde y tiene miedo.

Quiero aclarar que trabajo mucho y para una gran cantidad de personas distintas al mismo tiempo, en todas partes. A veces uso la intuición humana para poder transmitir consejos o alertas; otras, logro que se vislumbre mi silueta entre sombras, espejos, vahos o recuerdos. Suelo estar en lo inesperado. También en lo climático y en lo poético. En las interferencias también estoy, claro está, las que suceden en las comunicaciones, en los televisores y celulares. Hace tiempo que no se arma un debate sobre nuestra existencia y quizá sea mejor así, ya que tanto si nos niegan como si nos defienden somos parte irrevocable de la existencia de cada ser humano. Lo creas o no. Lo único que importa en esta historia que les voy a contar son los hechos que acontecen, no me interesa si creés que son ciertos o que todo esto es una farsa.

Imaginá ese misterio que hay ahí afuera, lejos, detrás de las estrellas y los planetas. Venimos de la parte del Universo más

desconocida. Imaginá todo ese desconocimiento y el vértigo humano ante la vida después. Lo llamás muerte, pero en realidad es vida después. De ahí venimos. Somos como un cable de alta tensión entre ese espacio terrenal y ese espacio extraterrestre. Somos esa carretera de doble sentido que une a cada ser humano con ese misterio. Nos encargamos de custodiar vidas, de ser los guías de las existencias individuales humanas. Somos los pensamientos intangibles que sobrevuelan los propios pensamientos. Estamos siempre unidos a vos, lo creas o no, a pesar de lo invisible de nuestra existencia. Nos mostramos de una manera mucho más sutil y elegante que nada tiene que ver con lo material. Somos la sorpresa, el milagro, lo incomprensible, lo irracional, lo absurdo, lo mágico, los sueños, los deseos, la verdad que se te presenta de bruces cuando a tu alrededor te dicen que eso en lo que creés es mentira. Somos una legión. Somos tutores, pero sin dar lecciones. No hay obligaciones para con nosotros. Somos la sombra que va con vos incluso de noche cuando ya no ilumina la luz del Sol. Los ángeles sabemos muy bien lo que significa la humanidad. Nuestra existencia implica un servicio, un acompañamiento, un tributo, una ayuda. Somos esa certeza que sentís en la panza cuando querés algo y no sabés cómo alcanzarlo. En el camino estamos nosotros. Cuando escuchás una palabra de alguien que se te cruza y te resueña, somos nosotros; cuando deja de llover o empieza a hacerlo, o cuando el azul del cielo derrama todos los espectros de rosas y se vuelve naranja y entendés que todo en la naturaleza es gigantesco, ahí estamos nosotros. Estamos con vos cuando te encontrás una moneda, cuando aparece un animal que te observa, cuando sentís un perfume sin que haya nadie cerca, cuando tenés frío en verano o calor en invierno. Cuando escuchás en silencio y te movés por encima de todo a pesar de estar quieto. Existimos en esa frecuencia que se transforma en intuición, somos vibración, somos los

participantes activos de tu vida cuando pensás, sentís y sabés que eso que te ha sucedido es una señal, que aquello que te sucedió fue el destino. Estamos en el palpito, a veces en el ruido intenso de ese músculo bobo y rojo que se la pasa latiendo. Acompañamos en las dificultades, pero también en los triunfos. Pero cuidado, si en todo ves señales, es probable que sea la locura quien te esté acompañando.